

## EL VEGANO

Abrió el libro por la página 62 y el aroma a papel tintado inundó sus fosas nasales. Adriana, en el teatro, hablaba del *Cascanueces*, evocaba la nostalgia que le despertaba. ¡Cómo adoraba ese mágico instante en que Matute abría un mundo sólo para su goce! ¡Sólo para ella! Olga sonrió, para sus adentros, con los ojos cerrados.

De repente, un papel resbaló entre las páginas y cayó al suelo de la habitación. La muchacha, con curiosidad, lo recogió y lo abrió. Era una hoja de libreta clásica, doblada, sin nada especial, en apariencia. Cuando la leyó, sin embargo, quedó sumamente chocada. No sabía si se trataba tan sólo de una broma de algún gracioso, por el contrario, de una carta escrita, de veras, con esperanza de respuesta.

«Querido/a desconocido/a:

Me llamo... Bien, el caso es que, por el momento, me gustaría restar en un dulce anonimato. Soy un chico que ama los libros y supongo que, si estás leyendo estas líneas, también los amarás. Así que... ¡Hola! La verdad es que no se me da muy bien escribir (a fuer de ser sincero, pocas cosas se me dan bien) y me gustaría, no obstante, hablar con alguien. Hablar de cualquier cosa. No tiene por que ser de un gran tema ni de nada por el estilo, tan solo de algo.

Por ejemplo, ¿eres vegetariano o vegetariana? Yo soy vegano. O lo era, porque ayer me eché al coleteo, en un santiamén, una hamburguesa de tamaño máximo en el restaurante de comida rápida que hay justo al lado de la biblioteca. Y, ahora, estoy desconcertado: ya no sé si tengo que volver a empezar mi cuenta de tiempo como vegano o si, en cambio, es mejor continuar como si nada hubiera sucedido. En fin, soy torpe, ¿no?

Si me respondes, te estaré muy agradecido y me habrás ayudado a salir de la encrucijada. Si decides hacerlo, pon tu carta, mezclada «con el amor y las arenas», en *Poeta en Nueva York*. El viernes me lo llevaré prestado y espero leer tu respuesta allí. Firmado: El vegano que quizás tiene que volver a empezar».

La caligrafía era regular y agradable, y algunas letras lucían originales florituras al terminar el trazo. Algo especial se desprendía de su conjunto que Olga captó de

inmediato pero que no sabía explicarse. Releyó aquella nota tan singular y una sonrisa se esbozó en su semblante. Le asaltó el pensamiento de que, a lo mejor, el desconocido únicamente pretendía tomar el pelo, mas la idea de aventura y de diversión, de descubrimiento, que comportaba entablar contacto con un alma supuestamente tan solitaria como la de ella la tentaba de manera insuperable. Así las cosas, dejó, a un lado de la mesa, *Paraíso inhabitado*, cogió papel y bolígrafo, y empezó a redactar su respuesta.

«Querido vegano:

La verdad es que tu carta me ha dejado algo descolocada. No tenía la menor idea de que andaba suelto un vegano por la biblioteca dejando notas entre las páginas de los libros. Mira que, desde que recuerdo, he estado dando tumbos entre las estanterías, pero de un chico vegano y torpe nunca había sabido. Si quieres mi humilde opinión, tengo la sensación de que esa diabólica hamburguesa fue ingerida en un momento de pánico y confusión bien disculpable, así que no creo que debas empezar, de nuevo, con tu cuenta: simplemente, olvida esa comida, olvida que esa hora existió en tu vida y sigue como si nada; pelillos a la mar. Mucha gente lo hace: olvida lo que quiere olvidar y actúa como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Ahora, te lanzo yo una pregunta: ¿te gusta el olor de la biblioteca? Para mí, es de las pocas cosas que hay en este mundo que todo lo arregla. Ese olor a limpieza que hace a primera hora de la mañana me sabe, no sé bien del todo por qué, a rebelde cultura... Regala los sentidos.

Espero que tú también me contestes. Si decides hacerlo, deberás poner tu respuesta en *La sombra del viento*, el viernes próximo. Cuando lo leí por primera vez, no pude dormir durante dos noches seguidas: cada vez que lo intentaba, el diablo del libro me aterrorizaba. Menos mal que, al final, Julián Carax se descubre y no consigue su propósito. Sólo entonces logré conciliar el sueño. Con impaciencia, firmado: La oledora de bibliotecas».

Hay momentos en la vida en los que no piensas: llanamente, te lanzas al vacío; haces algo rápidamente, sin sopesarlo, sin meditarlo. Aquel fue uno de esos momentos. Olga, todo y lo desconfiada que era por naturaleza, no se paró a reflexionar en las consecuencias de su acto: sencillamente, escribió la nota y la dejó, sin más, entre las

páginas del poemario de Lorca, a la espera de que él la recibiera y sirviera para alegrarle el día.

Lo cierto es que nunca había tenido muchos amigos, aunque tampoco los había echado a faltar en exceso. Entiéndase, no era la típica antisocial adolescente, refugiada en la lectura, que sale en las películas, pero sí que se asemejaba, de alguna manera, en su aspecto, a esas actrices a las que afean a propósito añadiéndoles ortodoncia y acné. En efecto, delgada hasta rayar lo esmirriado y menuda, de ojos pequeños, en forma de nuez y del color usual del chocolate, con gafas de pasta y una pasión por los libros que extrañaba incluso a sus padres, Olga, desde luego, no cumplía los estándares impuestos por la moda. Pero, en las películas —se decía la joven—, la chica fea se convertía en preciosa después de ponerse un poco de maquillaje y un vestido bonito. Y, casualmente, entonces, todos los chicos se daban cuenta de que no era invisible y todo el mundo buscaba su compañía. Mas eso únicamente pasaba en los filmes; no en la realidad. A ella —Olga bien lo sabía—, no le iba a suceder. Se hallaba cómoda en su cúpula de palabras; protegida, por su mundo de ficción, del insensible trato que le podían dispensar los demás. Sabía de sobras —se lo repetía— que los chicos y chicas eran crueles con personas inseguras como ella y tenía la certeza de que salir de esa torre de marfil desnudaría sus sentimientos a los ojos ajenos. Allí dentro, al contrario, se sentía amparada y feliz. ¿Qué más hubiera podido desear una ratoncita devoradora de historias?

«Querida oledora de bibliotecas: me ha supuesto un enorme alivio comprobar que mi error sólo fue algo momentáneo y lleno de inconsciencia, perdonable. No volverá a ocurrir. Por suerte, no tendré que empezar otra vez la cuenta. Para agradecerte que me hayas liberado del remordimiento, me gustaría regalarte algo. ¿Qué te parece... una estrella? Sí, una estrella. Te regalo la estrella Kuma, que significa dragón (me gustan los dragones porque escupen fuego y son arrojados). No llevan a princesas a sus lomos, pero son valientes y desafían a los humanos en los cuentos. Espero que te guste mi obsequio, Kuma, es para ti. La hallarás en la constelación del Dragón, entre las de las dos osas... Sigue, con tu mirada, la cadenita de astros que verás en ese trocito de cielo. Kuma son los dos destellos más cercanos que distinguirás en la cabeza del inmenso animal mitológico. Y a tan sólo 99 años luz de nosotros... Cuando te sientas perdida, mira esas estrellas, mira Kuma; existe también para ti.

Ah, y volviendo a tu pregunta... Me encanta el aroma de biblioteca. No sé cómo puede haber personas que no lo valoren. Está infravalorado, como tantas otras cosas. Por ejemplo, las vacas. Están infravaloradas: ¿sabes lo preciosas que son las vacas en pleno campo?

Espero tu respuesta en el libro *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* — siempre he pensado que todos, de algún modo, llevamos un señor Hyde dentro...— edición de bolsillo, esta misma tarde. Con mucha impaciencia, el proveedor de estrellas».

Y así transcurrió el tiempo, entre peculiares mensajes que hablaban sobre la vida, sobre el cielo y las estrellas. Olga no podía evitar sentirse nerviosa los días que, por cualquier motivo, le era imposible pasar por la biblioteca. Sus dedos tamborileaban en el pupitre y, nada más finalizar las clases, partía, con premura, en busca del volumen donde hallar la nueva y ansiada respuesta. Y, durante el corto trayecto, era invadida por la desazón de que alguien se le adelantara y frustrara la recogida.

Bien es verdad que no conocía al vegano proveedor de estrellas. Pero, aun así, lo sentía muchísimo más próximo que a aquellos otros a quienes veía la faz cada día. Y, en pocos meses, Olga se ilusionó con la misteriosa amistad; todo lo demás parecía desaparecerle de la mente cuando pensaba en ella. Y, de momento, ¿qué sabía de él? Pues sabía lo que las notas le habían revelado: que era un chico, que le gustaban las estrellas, que vivía en un apartamento, que tenía un año más que ella y que su autor favorito era Tolstói. Y sabía también que sus palabras —torpes, como las definía él mismo— la llenaban de ilusión y bonanza. Eran polvo de hada que la hacía volar más allá de lo cotidiano. Por eso, estaba tan deseosa de conocerlo y hablarle cara a cara.

«Querido tolstoiano:

Me gustaría que nos encontráramos.

La vida nos lleva por caminos duros y fatigados, pero, cuando recibo tus cartas, llenas de frescura, no puedo evitar sentir que todo es plano y fácil, que todo está a nuestro alcance. Ya ves, me gustaría sacarte de mi imaginación y llevarte a la realidad. ¿Podría? Espero tu respuesta mañana en *Cinco horas con Mario* (edición de 1966), aunque, la verdad, preferiría que nos viéramos en un lugar un poco más alegre, a poder ser, que un velatorio».

Al día siguiente, con la emoción a flor de piel, Olga fue a recoger el libro de Delibes, en el que, para su total decepción, no encontró respuesta alguna. Después de pasar y repasar sus páginas, se convenció de la realidad: su amigo le había fallado. Intentaba justificarle de mil maneras: quizás no había recibido su carta..., quizás le había surgido un imprevisto..., quizás le había pasado algo... Empero, cuanto más avanzaba el reloj más le ganaba la certeza de que todo aquello no había sido más que una inocentada cruel.

Con el desencanto pintado en el rostro, la muchacha se encaminó hacia la mesa de préstamos. Allí estaba Marcos, el bibliotecario en prácticas —siempre tan amable con ella—, con sus ojos redondos, enmarcados en gafas de pasta clásicas, y su sonrisa habitual. Le tendió el carnet.

—Esto ya está. La fecha máxima de devolución es el 19 de abril. Espero que disfrutes de su lectura.

Pero su lectura, esta vez, no le importaba a Olga. No sin la nota que debía haber estado entre las páginas de la obra.

—Marcos, ¿te compro el emparedado sólo de ensalada, no? Porque el queso viene de las vacas y a ti eso... —oyó que le decía Ana, la compañera de mesa, con un gesto que a Olga se le antojó, sin saber por qué, cómplice.

—Sí, por favor. Ensalada sola, sin nada de origen animal.

¡Cáspita!, como si todo fuera un puzle del cual las piezas desordenadas encajaran, en un instante, por ensalmo, Olga lo entendió todo. Y reaccionó con rapidez.

—¿Eres vegano, Marcos?

El bibliotecario alzó los ojos lentamente y, con una sonrisilla bajo la nariz, como si hubiera estado esperando ese momento, susurró, de modo que sólo Olga pudiera oírlo:

—Sí, pero un día me comí una hamburguesa de tamaño máximo en un restaurante de comida rápida y eso sólo lo sabes tú.

Seudónimo: Adriana Valle